

EL ORIGEN DEL MODO DE VIDA CAMPESINO. La fase final de la macroaldea eneolítica de Marroquíes Bajos (Jaén).

Narciso Zafra de la Torre. Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía

Resumen

En la explicación de la evolución social y económica de la macroaldea eneolítica de Marroquíes Bajos (ciudad de Jaén) venimos utilizando el concepto de modo de vida campesino para definir la fase final del poblado (s. XXII-XX cal ANE), que se caracteriza por el abandono del sistema de fosos y el cercado de las unidades domésticas. Interpretamos estos cambios en la organización espacial del asentamiento como fruto de la transferencia de parte de las atribuciones de la comunidad segmentaria a las unidades domésticas, asumiendo que esta nueva forma de organización socio-económica sentaba las bases de la posterior desigualdad social institucionalizada. Esta contribución tiene por objeto la definición de estos conceptos entendiendo al campesinado como producto de la evolución milenaria de los primeros agricultores y al 'modo de vida' como la escala media de la realidad social. La comprensión de estas definiciones requiere asimismo la formalización como herramienta metodológica de la articulación de escalas arqueológicas, que nos permite relacionar la interpretación espacial, la reproducción material de la sociedad y la realidad social concreta.

En cuanto a la antropología se refiere, dos cosas son ciertas en el largo plazo:

una es que todos estaremos muertos; la otra, que todos estaremos equivocados.

Marshall Sahlins. (Esperando a Foucault. 2000)

1. La articulación de escalas arqueológicas

Las formas sistémicas de ordenación de las evidencias arqueológicas responden a la observación de que "un objeto espacial debe encontrarse en un espacio infinito" (Wittgenstein, 1985: 2.0131). Esto subyace en la serie casi intuitiva de edificio - ciudad - estado - planeta - sistema - galaxia - universo, que se traslada a nuestros sistemas de registro convencionales. No obstante esa constatación filosófica es intrascendente para el historiador. La historia marca límites, fronteras y confines que dotan de sentido al objeto espacial al convertirlo en parte de una realidad vivida, construida, no solo ordenada por nuestra mirada.

El problema surge por la inabarcable diversidad que en el espacio presentan las improntas actuales de las sociedades pasadas. La información contenida en cualquier espacio es tan abundante que abruma, posee la complejidad de lo concreto¹. Es admisible por ello la parcelación consciente para su análisis y descripción, pero no a costa de su integridad. Eso solo se consigue fijando escalas de aproximación, que no des-integran la totalidad sino que enfocan determinada parcela de la misma donde se manifiestan, en su nivel, todos los aspectos de la realidad que se investiga².

La escala es una relación no una dimensión. Llamamos escala a la relación que existe entre un objeto arqueológico y su representación³. Un objeto arqueológico (desde la molécula de carbono al paisaje) es una porción de la realidad arqueológica y como tal se presenta siempre a escala *real* (1:1).

De las tres herramientas metodológicas más usuales en la ciencia arqueológica (*analogía* -método

comparativo-, *simulación* -modelos de sistemas- y *representación*) la representación es tan connatural a la propia intervención arqueológica que se ha instaurado como una mecánica de la observación y no como una práctica que puede ejercer, en cierto modo, una función rectora en la investigación (como la analogía). La representación actúa en todos los niveles del proceso de conocimiento, muy especialmente en la etapa de registro, pero también en las presentaciones de argumentos o las reconstrucciones de procesos productivos o funciones o incluso en la construcción de teorías.

La representación está, como se sabe por la mecánica de registro, sometida a escala. La escala de la representación es una consecuencia de la escala de la investigación. La parcela del espacio-tiempo que se investiga impone el tipo y alcance de la interpretación. Una escala de trabajo ajustada a un asentamiento (escala local) no debe generar hipótesis contrastadas sobre modos de producción o formaciones sociales, pero sí sobre procesos de trabajo, fuerzas productivas o modos de vida. Es exigible que haya una correlación entre el alcance de la información y el de las inferencias y entre el nivel de estas y el de las hipótesis.

Nos equivocamos cuando pretendemos precisar la secuencia de transformaciones de un proceso afinando casi al año en grandes territorios. Deberíamos conformarnos con admitir que ni el método, ni la técnica, ni la fiabilidad de la muestra permiten aproximaciones micro temporales en marcos macro espaciales. Esto se debe a que también la periodización, la aproximación al tiempo, está sometida a escala. En efecto, espacio y tiempo no son dos factores relacionados sino una misma cosa: la manifestación del movimiento histórico.

Aunque se admiten variantes⁴, en los análisis espaciales se aceptan tres escalas de estudio como arqueológicamente significativas (Clarke, 1977: 11 y ss), la micro-escala que atañe a la distribución y contenidos del interior de las estructuras; la semi-microescala, en el interior de los asentamientos; y la macroescala, entre asentamientos. Estas escalas se han venido aplicando en los análisis espaciales y se han revelado muy útiles, aunque en los análisis materialistas históricos todavía no se han ajustado.

A las categorías y conceptos básicos en la formulación de las teorías del materialismo histórico (fuerzas productivas, procesos de trabajo, relaciones de producción, modo de producción, formación social) la investigación arqueológica ha sumado conceptos como 'modo de vida', 'modo de trabajo' o 'vida cotidiana'. Esas necesidades específicas tienen su razón de ser, precisamente, en las distintas escalas a las que se desarrolla la investigación arqueológica, que evidencian que de un fragmento de cerámica no se puede deducir la lucha de clases. Pese a ello aún no se ha formulado con claridad la correspondencia entre los ámbitos estudiados y las categorías de análisis, aunque el esfuerzo en esa línea de los representantes de la Arqueología Social Iberoamericana (Sanoja, López, Veloz, Vargas, Bate, etc.) ha supuesto un avance significativo. Esta propuesta es parcialmente deudora de ese esfuerzo.

Se contemplan cuatro ámbitos de análisis y explicación que se articulan en las tres escalas de aproximación. El ámbito de la evidencia arqueológica, el ámbito de la interpretación espacial, el ámbito de la reproducción material de la sociedad y el de la totalidad de la realidad social.

	<i>Evidencia arqueológica</i>	<i>Interpretación espacial</i>	<i>Reproducción material</i>	<i>Realidad social</i>
Microescala	Registro y contexto	Lugar de actividad	Procesos de trabajo	Vida cotidiana
Mesoescala	Asentamiento	Paisaje	Modo de trabajo	Modo de vida
Macroescala	Cultura arqueológica	Territorio	Modo de producción	Formación social

Esquema de la articulación de escalas en la investigación arqueológica

Cada ámbito está contenido y explicado en el siguiente, existiendo una jerarquía en el grado de abstracción de la inferencia⁵, menor por ejemplo en las áreas de actividad (inferencia directa o casi directa) y mayor en la vida cotidiana (inferencia remota). Esto permite ordenar la inserción de las evidencias arqueológicas en la reconstrucción de los procesos históricos.

1.1. Microescala: registro y contexto, lugares de actividad, procesos de trabajo y vida cotidiana

A microescala el documento arqueológico nos habla de la rutina de la experiencia inmediata reiterativa entronizada como norma, como forma natural de vivir, con el paso del tiempo como guía aparente de la conducta. Pero su interés no viene de la pequeña historia de la apariencia de la vida cotidiana, sino de su utilidad como base empírica para llegar a comprender los procesos de trabajo que construyen esa cotidianidad, y los mecanismos sociales que los convierten en la norma de vida, en el patrón de comportamiento, en la memoria interna del grupo.

En esta escala se estudia el micro-espacio y el micro-tiempo, los lugares de actividad y su evolución. Su observación permite penetrar en formas de comportamiento localizadas, identificando actividades recurrentes que informan sobre los procesos de trabajo reconocibles en el registro: rutinas de trabajo, capacidad y habilidad técnica, ámbitos específicos de movimiento.... Junto a las construcciones son los utensilios que intervienen en los procesos de trabajo los que nos aportan datos como productos (objetivo de un proceso de trabajo) y como instrumentos (medio de otro proceso de trabajo)⁶ que facilitan la reconstrucción de estos procesos.

La organización diaria de la vida humana depende de estos procesos de trabajo que, pese a no ser directamente observables, son objetivables y, lo que es más importante, arqueológicamente reconstruibles a través del registro y su contexto. Las improntas de los procesos de trabajo reconocidas en lugares y áreas de actividad (Ruiz et alii, 1986:69-70) son el plano económico de la vida cotidiana y la base para su comprensión al aportar las evidencias materiales que permiten reconstruir patrones de producción, de consumo⁷ y de circulación, y, en su conexión compleja, las relaciones que rigen en el interior del grupo.

Teniendo en cuenta que es sobre estos elementos sobre los que se construyen los discursos arqueológicos

no es descabellado entonces suponer que la arqueología es “la manera científica de historiar lo cotidiano” (Vargas, 1990:75), a fin de cuentas, en su inmensa mayor parte, los objetos arqueológicos son restos de la cotidianidad.

El concepto de ‘vida cotidiana’ es clave para comprender el conjunto de las manifestaciones recogidas a microescala y ha sido definido por Iraidia Vargas (1990:74) como “la suma de actividades que un grupo social realiza diariamente, sus quehaceres, sus oficios, sus acciones y su devenir”, lo cotidiano contiene también “el ritmo de las relaciones interpersonales, su intensidad y su frecuencia, las maneras de consumir, los modos de innovar y crear” (Vargas 1990:75) y para ella “la más clara expresión de la cotidianidad se da en lo que definimos como grupo doméstico o unidad social mínima” (*Ibidem*). La vinculación entre vida cotidiana y grupo doméstico nos revela una relación fundamental para comprender la lógica de la cotidianidad: el parentesco.

El parentesco conforma un entramado de relaciones ordenadas por la dependencia recíproca, donde también tienen cabida la redistribución y, en su caso, el mercado. El parentesco nos desvela la cualidad más valiosa de la microescala tal y como aquí se entiende, su capacidad de poner a la totalidad bajo la lupa sin fragmentarla. Porque el parentesco puede “consistir intrínsecamente en el cumplimiento conjuntado de diferentes funciones que nuestro pensamiento cultural solo se representa como campos de actividad segmentados y especializados” (Lorite, 1995: 55).

El análisis microescalar constituye la vía de acceso a la comprensión y a la descripción de la realidad solo en cierta medida (la de la vida cotidiana, la de los procesos de trabajo), más allá de la cual esta queda falseada. Así aunque en esta escala lo cotidiano se presente como real, “no es posible comprender la realidad por la cotidianidad, sino que la cotidianidad se comprende sobre la base de la realidad” (Kosík, 1967:96).

1.2 Mesoescala: asentamiento, paisaje, modo de trabajo y modo de vida

Un sitio arqueológico⁸ es un espacio donde la metodología arqueológica permite reconocer la existencia y delimitar la extensión (en el tiempo y el espacio) de un conjunto de evidencias que son producto de la actividad humana. Todo sitio arqueológico está formado por uno o más asentamientos entendiendo por asentamiento “el entramado completo de relaciones” dentro de la comunidad local y entre esta, el espacio productivo y el espacio de residencia. (Ruiz, Molinos y Riskey, 1998). Ese entramado de relaciones se concreta en un modo de vida.

En la definición de cualquier modo de vida, el primer paso es la caracterización del modo de trabajo y este se determina en los procesos de trabajo concretos que permiten la producción y reproducción social. Los elementos simples del proceso de trabajo (actividad humana, objeto de trabajo y medio de trabajo) van a guiarnos en esa tarea. La tierra es el objeto y el medio de trabajo por excelencia. La forma histórica en que la tierra se nos presenta como objeto de investigación arqueológica es el paisaje.

Los paisajes, son el resultado histórico concreto de la organización territorial de cada formación social. No son ámbitos con límites precisos y formas homogéneas. En este sentido son espacios de producción e identidad de las comunidades locales (Ruiz, Molinos y Riskey, 1998) y, como ellas, variables y dispares. En las llamadas sociedades tradicionales son el ámbito donde la pertenencia al grupo da derecho a tierra,

matrimonio y pan. Los paisajes son herencia cultural, tienen espesor temporal y contienen y transportan las huellas de los conjuntos de procesos de trabajo que los han ido modelando. A los conjuntos de procesos de trabajo adecuados y adaptados a la explotación de un determinado paisaje es a lo que se denomina modo de trabajo.

El modo de trabajo es un “elemento metodológico para aprehender el conjunto de los instrumentos, medios de producción y procesos de trabajo concreto que caracterizan una unidad social” (Vargas, 1990: 70). Hay que precisar que esa unidad social está fijada históricamente, es un grupo capaz de organizar la fuerza de trabajo para garantizar su continuidad sobre un espacio determinado, capaz de transmitir los conocimientos y experiencias sobre sus objetos y medios de trabajo y capaz de generar mecanismos culturales e ideológicos de cohesión social. En arqueología la categoría ‘modo de trabajo’ sirve para “reconstruir la configuración del proceso productivo general, entendido como el sistema de procesos de trabajo que la sociedad efectúa a fin de elaborar todos los bienes que necesita” (Bate, 1977:38), como el *sistema de procesos de trabajo* está orientado a la reproducción de una comunidad determinada con unos recursos determinados en un espacio determinado, la arqueología puede reconstruirlo en el paisaje, a mesoescala. Cada paisaje está ordenado por un modo de trabajo, pero no como una forma exclusiva de adaptación al medio, sino como una interpretación compartida de las potencialidades del mismo y de las capacidades de la comunidad.

El modo de trabajo sería entonces la “praxis del modo de producción” (Vargas, 1990:71). El modo de trabajo explica a su escala la esfera de actuación económica del grupo. Un modo de producción tiene en la práctica diversas formas de manifestaciones espaciales y cada una de ellas es consecuencia de un modo de trabajo. Su potencial en la investigación histórica viene del hecho de que el modo de trabajo, si es efectivo y tiene éxito en su función de asegurar la supervivencia social, tiende a perpetuarse y su “funcionalidad, retroceso y decadencia” (Veloz en Vargas, 1990) nos remite a un conocimiento de primera mano del modo de producción y de las fuerzas productivas.

Al igual que el modo de producción explica la base de reproducción material de la formación social, el modo de trabajo hace lo propio con la del modo de vida, definido por Veloz como el “conjunto de actividades que manifiestan una relación determinada entre instrumentos de producción, organización de la fuerza de trabajo, características específicas del objeto de trabajo y la ideología, integrando las costumbres y tradiciones (¿idiosincrasia?) que tales prácticas conllevan” (citado en Vargas, 1990:67). Vargas (1990: 64) lo entiende como “aquellas respuestas sociales de un grupo humano a las condiciones objetivas de su objeto de trabajo”. Como quiera que el grupo humano a que se refieren no es definido y dado que es fundamental concretarlo, asumo que las condiciones objetivas se hacen evidentes a los grupos humanos en la tierra que explotan (su *objeto de trabajo*) y es en la escala del territorio de explotación, donde se fija la potencia explicativa de esta categoría, en arqueología se asimila al paisaje, a mesoescala. Esto hace que “para poder definir un modo de vida sea necesario conocer los recursos naturales o el medio ambiente donde se expresa” (Vargas, 1990: 64), y esto porque la manifestación del modo de vida tiene límites, ámbitos de actuación, un medio en el que se desenvuelve, que es apariencia y esencia del objeto de trabajo. Las bases productivas⁹ imponen límites físicos al modo de vida. Esta proposición debe tenerse presente para allanar la dificultad impuesta por la indeterminación *a priori* del nivel de particularidad de la mesoescala.

Una formación social puede admitir múltiples modos de vida en su seno, puesto que estos son manifestaciones históricas concretas de aquella. Pueden ser coetáneos y, pese a desarrollarse dentro de un mismo sistema de relaciones sociales de producción, diferentes. Para definir el modo de vida de una comunidad (compatible por otras muchas como es natural) hay que partir de un espacio de producción e identidad (paisaje) al que

esta explota con un modo de trabajo específico. Este tiene sentido en tanto que formalizado, heredado y transmitido por una comunidad en su relación con su objeto de trabajo (el mar, el campo, la mina, el bosque...). La manera en que se formaliza, hereda y transmite el modo de trabajo (que, no lo olvidemos, contiene al objeto de trabajo) está ordenada por un entramado ideológico de relaciones de parentesco, de vecindad y de propiedad que se expresa en códigos de comportamiento locales como costumbres y tradiciones, a las que en sociedades fuertemente jerarquizadas se suele superponer un cuerpo legislativo. Este espacio social se carga de sentido mediante mitos que lo explican, ritos que lo protegen y costumbres que lo regulan, es decir se carga de identidad mediante la institucionalización de la actividad compartida, contribuyendo a fomentar la cohesión social de acuerdo con la idea de que “cuanto más se institucionaliza el comportamiento, más previsible y, por ende, más controlado se vuelve” (Berger y Luckmann, 1994: 89).

Toda comunidad se contempla a sí misma desde un sistema de referencia compuesto de límites espaciales (su tierra) y temporales (su pasado) que son la base de su representación del mundo. Ese sistema requiere una forma de transmisión que asegure su permanencia e impida su disolución: el mito. Tiempo y espacio apropiados convenientemente mitificados e institucionalizados adquieren marchamo de naturaleza y se convierten en la convicción más arraigada e íntima, en definitiva en sistema de referencia obligado e indiscutido. El mito es una “realidad viva” que da forma al pasado y a la vez crea “un orden social, moral y físico”¹⁰. Presentar un sistema de referencia como intuitivo, como “natural” es hacerlo inexpugnable. Se interioriza hasta que forma parte de la estructura mental e incluso la memoria se organiza de acuerdo con él. No se percibe como una norma impuesta desde el exterior, sino que se asume como si de un rasgo de la personalidad se tratara. La interiorización inconsciente consigue que el férreo corsé que representa para nuestras capacidades (para nuestra concepción del mundo) no sea advertido. Este mecanismo persigue la cohesión del grupo mediante la transformación del poder, la jerarquía, el espacio y el tiempo en “memoria interna” que se asimilará como “estructura de la identidad misma de los individuos”, como “forma de su realidad inevitable y acabada” (Lorite 1995:43).

La aprehensión del carácter e incidencia de estos componentes ideológicos es determinante no solo para *poner en evidencia* las normas que “naturalizan” y enmascaran las relaciones sociales, sino también para el acercamiento a la dimensión simbólica del paisaje, a la *topografía social de los símbolos* (Lorite, 1995:49-55)¹¹, ese vínculo indefinible que convierte al paisaje en algo propio, indisociable del grupo, con límites más o menos permeables que lo separan del de los otros. Como es lógico las interconexiones e interferencias de estas relaciones con las económicas impide una trasposición mecánica entre modo de trabajo y modo de vida. De hecho existe una institucionalización de los comportamientos sociales adecuados a las necesidades de reproducción material de la sociedad, pero estos no explican la institucionalización por sí solos. Por ejemplo la costumbre y la tradición no se pueden deducir de un paisaje, por muy visibles que sean en él las improntas de la actividad humana que lo conformó. Esto introduce un importante factor de riesgo en las interpretaciones que va a más conforme aumenta la distancia temporal o cultural.

Queda por hacer una precisión quizás innecesaria. El modo de vida contiene el conjunto de las vidas cotidianas de los grupos domésticos que conforman la comunidad local, pero no es solo la suma de ellas. Ya se ha dicho que es la realidad la que informa sobre la cotidianidad, pues bien, a esta escala, la realidad es el modo de vida y este introduce componentes explicativos de mayor alcance y rango que los que actúan a escala doméstica y permite por ello aproximaciones que escapan a la esfera de la ordenación del proceso de trabajo concreto o de la competencia exclusiva de las relaciones de parentesco.

1.3. Macroescala: cultura arqueológica, territorio, modo de producción y formación social

Las categorías ‘formación social’ y ‘modo de producción’ han sido suficientemente definidas por los clásicos marxistas y no es este lugar para redescribirlas, sin embargo considero necesario arriesgar una interpretación de las relaciones que permiten enlazarlas con la información arqueológica, concretamente con su dimensión espacial, evidenciando la necesidad lógica de la existencia de este tercer nivel de escala, que es el que explica a todos los demás en el tiempo largo. Aglutina paisajes y modos de vida e introduce ámbitos y conceptos que escapan al análisis de la mesoescala. Es en este nivel donde toman cuerpo las interpretaciones más fundamentadas del proceso social global, por ser aquí donde se sitúan los límites tanto materiales como cronológicos de la evolución de cada sociedad.

No hay un paisaje capitalista, ni un paisaje esclavista; no se concibe tampoco un paisaje estatal o tribal, ni siquiera un paisaje argárico o romano. Del mismo modo no conozco un territorio capitalista o feudal per se. Se puede asociar el capitalismo o el feudalismo a un *espacio*, un modelo de ordenación cuya lógica es compartida por múltiples territorios y paisajes. El capitalismo es un modo de producción, una abstracción, y su correlato espacial solo puede ser otra abstracción, porque su forma concreta es diversa en correspondencia con cada una de las formaciones sociales donde es dominante. El Estado Español (la formación social estatal española contemporánea) sí tiene un territorio, la dimensión espacial deja de ser en ella un modelo de ordenación económica para ser una realidad compleja organizada para la producción y reproducción de la sociedad, fuertemente condicionada por su espacio y su tiempo.

La pervivencia de grandes rasgos culturales y su discontinuidad nos marcan las pistas a seguir, en esta escala el tiempo largo es clave para no perderse en el anuario intrascendente. La disciplina arqueológica ha desarrollado un conjunto de métodos para delimitar y definir ámbitos espaciales históricamente cohesionados. Los más ambiciosos se han basado en el reconocimiento de la especificidad de un determinado conjunto de rasgos (cultura material, patrón de asentamiento, tradiciones constructivas, bases económicas...), en un espacio más o menos delimitado, proponiendo para ellos la denominación childeana de cultura arqueológica. Por regla general son una denominación consensuada de un determinado estadio cronotecnológico en un ámbito delimitado, por ejemplo en el sureste de la península ibérica la Cultura de Almería es la etapa neolítica, la de Los Millares su correlato calcolítico, siendo la argárica la correspondiente en la Edad del Bronce.

Caracterizaciones como estas suelen ser muy persistentes y prueba de ello es que se formularon bajo paradigmas difusionistas (Siret, Leisner, Sangmeister), se redefinieron con interpretaciones materialistas históricas (Lull, Gilman, Vicent) y han servido a los funcionalistas para aplicar la teoría de sistemas (Chapman, Mathers). Esa versatilidad puede achacarse a la fortaleza de la base empírica utilizada, que viene a confirmar la utilidad del concepto de cultura arqueológica o a la excesiva generalidad de los elementos que se utilizan en la descripción del cambio cultural, que da alas a sus críticos. El concepto, sistematizado por Childe en los años 30, fue desarrollado en sus aspectos analíticos-cuantitativos por Clarke en los 60, quedando sometido a fuertes críticas sobre todo por el abuso difusionista del mismo. Sus detractores se decantaron por expresiones poco exitosas como “zonas de estilo” (Cunliffe) o “tecnoterritorios” (Clark) y criticaron especialmente que no contemplara “la variabilidad introducida por los comportamientos de subsistencia y los patrones de comercio e intercambio”¹².

En todo caso lo que aquí interesa es que la mayoría de los autores que se plantean las implicaciones sociales de las manifestaciones arqueológicas dan por supuesto, casi siempre de forma tácita y posiblemente temeraria, que las “culturas arqueológicas” son “sociedades”, “formaciones sociales” o “sistemas sociales”. Esta equiparación es la que permite, en ausencia de fuentes escritas, elaborar interpretaciones sobre la

organización política de los territorios y su evolución histórica.

Los límites de las distintas culturas arqueológicas se perfilan mediante el reconocimiento de su singularidad. La determinación de los rasgos identificativos de cualquier cultura está sujeta a variaciones notables tanto por su propia dinámica histórica como por los elementos que se consideren en la comparación con otras. La identificación de cada formación social requiere aquilatar manifestaciones diversas de una realidad multidimensional. Un error en la estimación del tiempo, el espacio o la forma de una cultura puede desvirtuar su caracterización y anularla, desbaratando con ello el marco de interacciones al que se asociaba. A una zona la integridad histórica se la da su pasado común, la persistencia de su organización política, o la presencia continuada de un mismo grupo (étnico, parental, político...) sobre un mismo espacio, pero también puede deberse a un problema de percepción de escala o a un determinado enfoque teórico. Por ello la pretensión de dotar de homogeneidad teórica a las fronteras y periodizaciones arqueológicas debe defenderse en el marco de una teoría sustantiva que explique la sociedad.

Luis Felipe Bate ha profundizado en la definición del concepto de cultura arqueológica desde una perspectiva materialista histórica preocupándose por la articulación de esta categoría con la de modo de vida y formación social. Para él las tres categorías se refieren a la totalidad social, a la sociedad concreta articulada en tres niveles de esencialidad. La cultura, el nivel inferior, es “el conjunto *singular* de formas fenoménicas”, la formación social, el nivel superior, es “el sistema *general* de contenidos esenciales” quedando para el modo de vida distintos “eslabones intermedios” con sus correspondientes grados de *particularidad* (1998: 56-82)¹³. Entre cultura y formación social se establecen una serie de relaciones fundamentadas en tres contraposiciones dialécticas *singular-general*, *forma-contenido* y *fenómeno-esencia*, corregidas y aumentadas por las manifestaciones de la estructura y el proceso de cambio de las formaciones sociales (Bate, 1998: 68-76).

La cultura vincula la teoría general sobre la formación social con las teorías de la formación de los contextos arqueológicos, es un engranaje necesario para convertir la información arqueológica en interpretaciones sociales, ya que en ella se reconocen lo que diferencia y une, a la vez, a los distintos grupos (de género, parentales, de clase, gremiales, etc.) que conforman la sociedad (Bate, 1998:71). Naturalmente todo el aparato empírico necesario para interpretar los procesos de trabajo, los modos de vida o los modos de trabajo son manifestaciones de esta cultura, pero son manifestaciones *parciales* de la misma que, como se ha explicado, precisan de una articulación en el sistema social global para comprenderse en sus justos términos.

El soporte histórico de tal articulación es el territorio, plasmación espacial en el tiempo de las prácticas de poder que una sociedad desarrolla a partir de la aceptación del hecho por la totalidad de la misma (Godelier, 1998). Ruiz *et alii* (1998) remarcan la dimensión política que organiza los espacios económicos y de legitimación que hereda y/o impone la estructura de poder para su reproducción. Así el “territorio político” queda delimitado por fronteras que marcan el espacio donde se proyecta de forma absoluta el ejercicio del poder. Las fronteras políticas por su variabilidad histórica no coinciden necesariamente ni con el espacio económico ni con el de legitimación (*ibidem*), y la modificación histórica de las fronteras deja en el territorio las huellas de una “estratigrafía política” (el “territorio-mundo” en su terminología) cuya reconstrucción solo es posible sobre la base de análisis socioeconómicos que permitan periodizar los procesos internos de cambio. En mi opinión ese “territorio-mundo” contenedor de la secuencia de trans-formaciones de la sociedad en el conjunto de su duración como totalidad, es el reflejo espacial de la formación social.

Desde una perspectiva materialista histórica las únicas divisiones admisibles en historia son las exigidas por la complejidad del análisis dialéctico global de los procesos históricos. Por ello todas las periodizaciones no son

válidas, se requiere una explicitación de las bases en que se apoyan, junto con un alto grado de coherencia entre la escala y la proyección de las inferencias. Por lo general son las explicaciones económicas las que predominan debido a la precedencia de la infraestructura económica en la teoría general. Es en este contexto teórico donde la categoría modo de producción obtiene un carácter determinante, basado en las relaciones sociales que rodean a las prácticas económicas fundamentales.

En el modo de producción se reconocen formas de interacción socioeconómica que encadenan transversalmente las reconocidas a escalas mayores: división técnica del trabajo, división social del trabajo, proceso productivo, fuerzas productivas y sobre todo relaciones de producción. Éstas unidas a las formas de apropiación, distribución y consumo dibujan las condiciones económicas que permiten la reproducción de la sociedad y su organización. La modificación de las mismas es indicio de cambio social, cuya causa hay que buscar según la ortodoxia materialista en la contradicción entre “las formas de las relaciones sociales de producción y el contenido de las fuerzas productivas” (Bate, 1998: 58). La organización de la población, la estructura económica y las relaciones de propiedad nos guían en la localización de los cambios sociales. Las diversas ideologías de los grupos sociales, los modos de descendencia y las instituciones quedan imbricadas con el sistema productivo para propiciar la reproducción social y la estimación de su influencia es condición imprescindible para completar las explicaciones históricas.

La macroescala entendida exclusivamente como el análisis interno de la formación social dejaría al margen las “relaciones exteriores”, que son las que definen mediante el intercambio, el comercio, la guerra u otras formas de “contactos culturales” espacios más amplios de integración histórica que se han reconocido como “provincias metalúrgicas” (Chernij *et alii*, 1990), “sistemas mundiales” (Kohl, 1989), “regiones históricas” (Vargas, 1991), “tecnocomplejos” (Clarke, 1984), etc. La valoración de la incidencia de estas redes y el papel de cada formación social en la articulación de las mismas sitúa los procesos históricos en el marco cronológico más extenso, referente obligado en la interpretación histórica de los cambios globales, especialmente en el estudio de los procesos de aculturación, colonial o no.

La formación social da cuenta de la estructura y de la evolución de las sociedades, el territorio de la formación social está indisolublemente unido al tiempo en el que se desarrolla el “movimiento” social y en cuyo transcurso se observa el efecto decisivo de las leyes generales de los procesos de cambio. Reconocemos tres tiempos en la formación social: el ‘tiempo social’ que es tiempo interno de cada sociedad (que no trataremos aquí por ser muy difícil de registrar con medios arqueológicos), el tiempo histórico (lineal o científico) que es una regla cronológica, y el tiempo del proceso que sitúa cada secuencia de cambios sociales en el movimiento general de la sociedad.

El tiempo histórico (lineal) de la formación social, con su inicio, su duración y su final contiene la secuencia de transformaciones hilvanadas en un proceso que se puede periodizar. Solo en tanto que somos capaces de aislar un segmento del proceso histórico en el que las evidencias de continuidad en el espacio se crucen con las de cambio en las manifestaciones “culturales”, podemos decir que hemos reconocido un *momento del proceso*. El concepto de ‘momento del proceso’ expresa la posición en el “tiempo del proceso” de un determinado periodo bien caracterizado. El concepto de ‘tiempo del proceso’ (Chang, 1976:37-38), también denominado ‘tiempo global’ (Ruiz y Molinos, 1993:96) o más comúnmente ‘tiempo cultural’ (Chang, 1976: 37; Assmann, 1995:6) alude a “la interpretación arqueológica de las relaciones entre tiempo científico y forma arqueológica, en base a comparaciones con relaciones similares para otras formas arqueológicas” (Chang, 1976: 37-38). Este concepto es el complemento necesario para elaborar las generalizaciones a partir de los datos del tiempo lineal de cada formación social.

En esa labor comparativa final, la antropología, fuente constante de contrastación social de los datos arqueológicos, nos ha guiado aportando las bases teóricas sobre las que construir *el* modelo de evolución social. Al día de hoy parece que entre los arqueólogos el modelo neoevolucionista de Elman Service (1962) con sus categorías de integración social progresiva: Banda-Tribu-Jefatura-Estado, se ha impuesto al de Morton Fried (1967), paralelo pero basado en la naturaleza de la diferenciación social y más explícito (sociedades igualitarias, jerarquizadas, estratificadas y clasistas). En el fondo ambos son desarrollos de los “períodos étnicos” de Morgan utilizados por Childe: Salvajismo, Barbarie, Civilización. Pese a que estos modelos o adaptaciones más o menos ortodoxas de los mismos, se usan casi unánimemente en los textos antropológicos, su asimilación a los periodos arqueológicos supone siempre un gran problema porque, como supo ver Childe (1995:41-42), cada una de las amplias bases tecnológicas de nuestras periodizaciones admiten varios estadios etnográficos (sociológicos diría él), y paradójicamente en cada estadio etnográfico caben varios periodos arqueológicos. Obstáculo que no impide que menudeen los intentos, ni debe impedirlo siempre y cuando no se olvide el concepto antropológico de ‘evolución’ es útil en la determinación del *como* cambia la sociedad, no del *por qué*, y es quizás en el campo de las causas donde la arqueología (en tanto que historia) muestra sus mejores argumentos.

2. Origen y evolución de la macroaldea de Marroquíes Bajos (c. 2800-2125 cal ANE)

Las investigaciones en Marroquíes Bajos se han circunscrito en su inmensa mayor parte a parcelas urbanísticas que, pese al tamaño de algunas de ellas, sólo han permitido interpretaciones de escala micro. Por necesidades de protección y gestión de la zona arqueológica desde la Delegación Provincial de Cultura de la Junta de Andalucía hemos abordado (Francisca Hornos, Marcelo Castro y yo mismo) interpretaciones a escala meso, con el objetivo de obtener una visión global del asentamiento y su historia. Desde la primeras publicaciones utilizamos los conceptos de ‘modo de vida’ y ‘campesinado’ para interpretar la estructura y evolución del asentamiento. Lo que sigue es una revisión de lo expuesto en Zafra *et alii* (1999), Zafra *et alii* (2003); Zafra *et alii* (e.p.), Zafra (2006) y Zafra (2010).

El asentamiento de Marroquíes Bajos es una estructura aproximadamente circular articulada mediante fosos concéntricos, que definen dos grandes ámbitos separados por la muralla del cuarto foso, límite entre el espacio de hábitat denso y los campos circundantes con ocupación dispersa, defendidos por otro foso (el 5º) con puertas fortificadas. Este complejo ocupa una extensión de más de 100 has, 34 de ellas rodeadas por la muralla. Por su tamaño y organización la hemos definido como *macro-aldea* significando con ello que, pese a su tamaño, los rasgos no urbanos son dominantes).

Los valores estratégicos del lugar de asentamiento de Marroquíes son múltiples: ecotono, manantial, confín, fortaleza y puerta. Satisface necesidades de defensa y de abastecimiento (agua abundante, caza, pesca, recolección, madera, leña, buena tierra, material de construcción), y no está mal comunicado. En la elección de la parte baja de la ladera (en lugar del Cerro del Castillo o su falda) prima un interés constructivo dado que el sustrato calizo no es apto para la excavación de las subestructuras y fondos de cabaña. El poblado y sus campos están contruidos con esfuerzo, no es un aprovechamiento oportunista de recursos dados, de ahí el importante papel histórico que otorgamos al sistema hidrogógico-defensivo (en proporción con el enorme trabajo que significó su construcción), pensado para facilitar la ocupación protegiendo las tierras de inundaciones, permitiendo el proceso de intensificación agrícola y defendiendo al asentamiento durante 300 años.

Este cúmulo de ventajas estratégicas y económicas favoreció la frecuentación del lugar por poblaciones semisedentarias durante el V y IV milenios (Nocete, 2001:67; Lizcano, 1999:249 y 286). En esta fase se produce la primera ocupación de la Marroquíes Bajos (Serrano y Cano, 2002) en el SUNP 1 y en el Corte Inglés donde se han obtenido las fechaciones más antiguas de la ciudad 4062-3759 cal ANE (Serrano, Portero y Cano e.p.).

Sin embargo los orígenes de la macro-aldea hay que buscarlos en la primera ocupación estable, a principios del tercer milenio y su evolución la explicamos como un proceso en tres fases: agregación poblacional (2800-2450 cal ANE), intensificación agraria (2450-2125 cal ANE) y campesinización (2125-1975 cal ANE).

Las dos primeras fases pueden seguirse con detalle en la bibliografía citada (Zafra *et alii*, 1999; Zafra *et alii*, 2003; Zafra, 2006, Zafra, 2010) y serán abordadas brevemente en este trabajo como introducción a la exposición de la fase final de la macro-aldea.

Hacia c. 2800-2450 cal ANE se produce lo que hemos denominado la fase de Agregación poblacional. La acumulación de población en este punto se produce en dos episodios el de c. 2800-2600 cal BC que multiplica por 4 la primera ocupación (de 3.000 m² a 11.000 m²) y fundamentalmente el de c. 2450 cal ANE que pasa de 11.000 a 340.000 m² y que da la forma definitiva a la macro-aldea. Este cúmulo de población puede provenir, de acuerdo con los datos disponibles (Nocete, 1994 y 2001) y siguiendo hipótesis de Díaz del Río (2004) de la despoblación del río Guadalbullón que se detecta entre el 3000 y el 2500 cal ANE. Entendemos que este movimiento migratorio es forzado por la expansión de los poblados centrales de la campiña occidental de Jaén (núcleo de Porcuna).

El conflicto por la tierra motivado por el expansionismo de los poblados centrales de la Campiña podría afectar al Guadalbullón hacia el 2800 cal BC haciendo que la población de aldeas sin fortificar como Venta del Llano (Portero, 2005) se refugiaran en un punto defendible y con recursos abundantes. Como al parecer el conflicto no es coyuntural, Albalate (Porcuna) acomete tres (c. 2800-2500, c. 2500-2200 y c. 2000-1800 BC) o posiblemente cuatro (c. 3000-2800 BC) remodelaciones de gran calibre en sus fortificaciones y Alcores también (Nocete 1988:54-58) aunque sin aumentar su tamaño, y paralelamente en Marroquíes la población agregada construye el foso 0 y la primera empalizada en c. 2800-2600 BC, la segunda y el foso 1 casi de inmediato, y hacia c. 2500 cal BC se decide a emprender una gigantesca ampliación, multiplicando por 30 su extensión, organizando un sistema de control y abastecimiento de agua y fortificando el poblado y los campos de los que dependía, con kilómetros de murallas bastionadas de piedra y adobe.

Hacia c. 2500-2450 cal ANE Marroquíes es un asentamiento gigantesco con una población inmensa a la que debe abastecer y proteger. Su estructura hidrogógica y defensiva está pensada y ejecutada para enfrentar ese reto. La red de fosos, que no es un agregado sucesivo sino un sistema de control y gestión del agua, posibilita el proceso de intensificación agraria que hasta principios del siglo XXII cal ANE permite abastecer a la población. Basamos esta hipótesis en que el proceso de agregación no es gradual, distinguiéndose, como hemos mencionado, dos importantes episodios formativos (fosos 0 y 1 c. 2800-2600 cal BC) y fosos 2,3,4,5 (c. 2450 cal BC), de los que sólo el segundo episodio llegó a desarrollar el sistema hidrogógico-defensivo. A diferencia de los fosos 0 y 1 que presentan bastiones y empalizadas, los fosos 2 y 3 no presentan bastiones ni refuerzos defensivos en los accesos conocidos (Colegio Veracruz, calles aledañas, Ciudad de la Justicia, etc.), aunque sí algunos parapetos de escasa anchura. Las defensas de la macro aldea son el foso 4 que presenta una muralla de piedra y adobe con bastiones de hasta 12 m de diámetro, y el foso 5 con tramos fortificados con muralla y bastiones de piedra asociados a accesos (Colegio Cándido Nogales, manzana RU 8, colector del

bulevar 2ª fase, manzana D-PAD).

Por otro lado si la causa de la agregación es el conflicto por la tierra la idea que alienta la construcción del sistema es la defensa. Se necesita un lugar seguro tanto en el abastecimiento de agua, alimentos y materias primas, como frente a posibles enemigos. Este sistema es complejo porque pretende solventar todos los problemas que presenta la agregación: defensa militar, abastecimiento de agua y producción agrícola. Eso es lo que detectamos en Marroquíes hacia 2450 cal ANE: 4 fosos concéntricos (2,3,4 y 5) y dos fosos de conexión (3-4 al oeste y 4-5 al este). Por tanto el sistema no es exclusivamente de irrigación y no es sólo circular, los fosos 2, 3 y 4 abastecerían de agua a la macro-aldea, sacarían de ella el sobrante y la dirigirían a los campos, a través de los fosos de conexión 3-4 y 4-5 que son más o menos rectilíneos.

Hacia c. 2136-2033 cal BC el foso 4 está colmatado, pero la muralla sigue funcionando. La aldea mantiene sus defensas pero el sistema de canalización es abandonado, siendo sustituido por pozos dentro de los complejos domésticos y por determinados canales reexcavados y revestidos de piedra, esto supone que tras tres siglos el sistema hidrológico defensivo se desarticula. En la explicación del porqué, de la que se ocupa el siguiente apartado, repito y complemento lo que publiqué en Zafra, 2006:174-185.

3. Campesinización de la macroaldea de Marroquíes Bajos c. 2125-1975 cal ANE

El paso de los modos de vida paleoagrarios a los modos de vida campesinos se detecta principalmente en la modificación de la composición y tamaño de la unidad familiar, pero también, y esto es muy importante, de sus funciones. Durante las fases iniciales del Neolítico las primeras comunidades agrarias están compuestas por pequeños grupos familiares en movimiento que subsisten bien complementando con la ganadería las prácticas de caza y recolección tradicionales, o bien con técnicas agrarias simples como el modelo de quema y roza de fuerte impacto ambiental, que por sus características (migratorio y agroforestal), era también muy dependiente de la recolección y la caza.

Los grandes poblados del Neolítico Final derivan de aquellas estructuras sociales preexistentes (los campamentos familiares y de grupo) pero necesitan articularse para regular la nueva convivencia que es permanente y dependiente de recursos estables, que deben compartirse entre todos, a la vez y en el mismo espacio. Los mecanismos que facilitan la integración provienen por un lado de los vínculos de sangre y por otro de la nueva organización del trabajo. En estos nuevos poblados sedentarios las unidades domésticas debían mantener el derecho de agregarse o marcharse. Pero hacia principios del tercer milenio esta libertad es limitada, posiblemente por la escasez de tierras en determinados territorios, lo que provoca un cambio social y económico definitivo.

Las unidades domésticas no pueden apropiarse de la tierra mientras esta sea abundante, precise de ciclos largos de barbecho (como la agricultura *swidden*) y se enfrente a los derechos colectivos de uso (recolección, caza, pastos y cultivo comunitario). Cuando dentro del territorio común, la tierra para repartir con prácticas paleoagrarias se agote, se produce un fenómeno de concentración y fortificación provocado por la lucha por la tierra entre comunidades. Este puede producirse por una revolución tecnológica previa: el arado y la tracción animal, que permite ampliar la tierra cultivada y generar el trabajo excedente suficiente para construir las potentísimas murallas de los grandes centros de la Campiña.

Si seguimos los esquemas de los manuales etnográficos, hasta ese momento la unidad de producción sólo podía aumentar la tierra que cultivaba aumentando el número de sus componentes, pero eso era difícil por la corta esperanza de vida al nacer (que reducía la vida fértil), las altísimas tasas de mortalidad infantil, y el derecho de acceso a la tierra de todos los miembros adultos de la comunidad, que impedía el trabajo por cuenta ajena. Esto cambia cuando la presión de la población y de la producción sobre la tierra agota el sistema de agricultura itinerante y entonces se produce una doble revolución tecnológica y social: extensificación agrícola (el arado y la tracción animal) y nuevos derechos de herencia y propiedad. La producción aumenta y la fuerza de trabajo animal puede incrementarse para ampliar la tierra cultivada por cada unidad de producción. Como consecuencia llegará un momento en que no quedará tierra sobrante y determinadas unidades de producción tendrán que prestarse a trabajar en los campos de otras a cambio de una parte del producto de su trabajo (“salario”) o entregando parte de lo producido en pago por el uso de la tierra (“arriendo”). Se crea a lo largo de tercer milenio no una clase de no-productores frente a otra de productores (que ya existían) sino una clase de poseedores frente a otra de desposeídos.

¿Cómo observamos esto en el registro arqueológico? Como se ha mencionado las excavaciones en la ZAMB demostraron que entre el 2125 y el 1975 cal ANE se produjo un cambio en la forma de las unidades domésticas: fueron cercadas. En su momento (Zafra *et alii*, 1999), interpretamos el cercado de la parcela como signo de la descentralización de la economía del asentamiento, con la apropiación de la tierra por parte de la unidad doméstica frente a la comunidad. Esta apropiación obliga a definir los modos de descendencia (matrimonio y herencia) que deben asegurar que la transmisión de los bienes, la tierra y el ganado pueda efectuarse dentro de la familia. Como consecuencia se institucionaliza la desigualdad social dentro y fuera de la unidad doméstica, fruto de la diferencia de riqueza entre unidades domésticas autónomas capaces de adoptar decisiones al margen de la comunidad.

La asociación de la familia y la parcela de tierra marca el origen de los modos de vida campesinos, que basan su existencia en la explotación familiar de la tierra y su pervivencia en la capacidad de transmitir la casa a la descendencia. Esta vinculación a la tierra (cultivos arbóreos de crecimiento diferido, trabajo en mejoras) crea una infraestructura de dependencia que establece las condiciones para una coacción extraeconómica por el miedo a perder la inversión de trabajo realizada. Con la aparición de un modo de vida campesino está dado el paso para la consolidación de las relaciones de explotación permanentes. De esta manera los modos de vida campesinos facilitan la jerarquización al permitir el surgimiento de los privilegios heredados, que se transmitirían *naturalmente* en el marco de los modelos de descendencia de las unidades domésticas campesinas.

La posibilidad de heredar la tierra dentro de la unidad doméstica supone un gran cambio en el papel de la mujer. Si hasta entonces había circulado entre las unidades domésticas del grupo como un factor de cohesión, a partir de ese momento, su participación en la herencia de la tierra podría disolver la casa campesina. De manera que las nuevas reglas y estrategias de enlace y los mecanismos de sucesión y herencia surgen para defender la casa y asegurar su pervivencia. Para lograrlo se despojó a la mujer de sus derechos como miembro de la familia asignándola a la casa como parte de la misma.

Este nuevo rol de la mujer forma parte de un nuevo modelo social: el patriarcal, donde la unidad doméstica pasa a ser la *casa del padre*. En él el hombre desempeña también un papel orientado a la defensa de la casa: el del guerrero. La producción agraria, el comercio y todas las relaciones políticas pasan a manos masculinas, dejando a la mujer relegada al ámbito doméstico, comienza así lo que Almudena Hernando (2005:97) llama “proceso de individualización masculina y de ocultación social de la mujer”. Según Meillassoux (1987: 77)

en este tipo de sociedades el poder “reposa sobre el control de los medios de la reproducción humana: subsistencia y esposas”.

Se completa así un proceso histórico que hemos denominado de *particularización de los medios de producción* (Zafra *et alii*, 1999) que se inicia con los instrumentos, continúa con el ganado y la fuerza de trabajo para finalizar con la tierra y las mujeres. Cuando todos estos elementos son puestos a disposición de la unidad doméstica, se institucionaliza la *casa campesina* con su espacio de residencia y reproducción, sus posesiones (ajuar doméstico, instrumentos, subsistencias, objetos de prestigio, etc.), su mano de obra, su parcela de tierra y su ganado. Estas primeras casas campesinas por su tamaño y número de construcciones podrían albergar familias extensas, que tendían hacia la autosuficiencia presentando huellas del abastecimiento y preparación de alimentos, de la fabricación de útiles de piedra y de metalurgia para autoconsumo.

Por su papel como célula de reproducción “se convierte en el lugar de desarrollo de una ideología y de ritos donde dominan el respeto a la edad, el culto de los antepasados y de la fecundidad, celebrando bajo diversas formas la continuidad del grupo y reafirmando su jerarquía” (Meillassoux, 1987: 74). Por ello dentro de algunas casas encontramos tumbas “familiares colectivas” que comienzan a ser separadas de las necrópolis del poblado, particularizando también el culto a los antepasados (quizás los *ídolos* antropomorfos sean expresión de esta nueva práctica).

Lógicamente un cambio de esta envergadura afecta también a los poblados. Históricamente la aldea agrícola es anterior a la casa campesina, como unidad de organización la casa campesina es un producto de la aldea, puesto que en la aldea se dan las condiciones que permiten que la casa sea inventada. Pero una vez hecho esto, en las aldeas de origen segmentario no cabrían las casas campesinas, de manera que, como vemos en Marroquíes Bajos, desaparecen los sistemas comunales de control y gestión del excedente que tienen su mejor manifestación en la construcción y mantenimiento del sistema de fosos. Este sistema se abandona y la articulación interna de la aldea se reduce a las murallas, a las cercas de las unidades domésticas y a los caminos y calles que las unen y separan. También se localizan ahora lugares especializados en la producción metalúrgica, y las necrópolis se diversifican presentando enterramientos de riqueza desigual (Marroquíes Altos) y otros dentro de las unidades domésticas.

Sin embargo no se ha localizado ningún edificio “administrativo” (almacén, cuartel, templo o palacio) pese a que nos encontramos ante una forma de organización dirigida capaz, por ejemplo, de conseguir transportar desde Sierra Morena a Jaén cantidades importantes de mineral. Obviamente se conocen redes de intercambio anteriores, como la de circulación de hojas de caliza oolítica silicificada en el Valle del Guadalquivir en la primera mitad del tercer milenio (Nocete *et alii*, 2005), o la de cuentas de calaita en toda la península desde el Neolítico (Vega *et alii*, 2003: 153), pero eran productos acabados de pequeño formato, y en este caso se trata de cantidades importantes de materia prima.

Lo que se produce en un momento en el que las elites (con un poder recién adquirido) tienen acceso a productos lejanos y costosos demandados por la nueva ideología que comparte con las oligarquías de media Europa. De estos productos los más conocidos son los componentes del denominado *ajuar campaniforme*, presente desde el Rin hasta Huelva: vestidos (con botones de hueso o marfil con perforación en V), armas (puntas de palmela, puñales de lengüeta, brazales de arquero, puntas de pedúnculo y aletas) y recipientes decorados. La cerámica campaniforme se viene relacionando con la ingesta de bebidas alcohólicas en ceremonias presumiblemente masculinas, y aunque no es su única función, parece que los especialistas se inclinan a considerarla una cerámica de uso ritual. El resto de los objetos pueden acompañarla en esa función

(vestidos, adornos y armas ceremoniales por ejemplo) aunque es difícil de demostrar.

Esta nueva economía es la evidencia palmaria de la existencia de relaciones de explotación y desigualdad dentro y fuera de la macro-aldea, que sin embargo, por su corta duración, no sirven para convertirla en una ciudad ni encuadrarla en un Estado. Lo que a continuación ocurre (hacia el siglo XX cal ANE) es la disgregación de la macro-aldea, su abandono y el surgimiento de un nuevo tipo de organización territorial. Y todo eso justo cuando empiezan a hacerse evidentes la desigualdades sociales ¿Por qué no evoluciona hacia una ciudad? ¿por qué no se articula como un Estado?

El proceso de urbanización y posible estatalización es bloqueado por la dispersión, que Díaz del Río (2004: 94) entiende que se produce por la propia dinámica de agregación-fisión de las comunidades segmentarias, mecanismo de resistencia que se activa cuando las exigencias de un jefe sobrepasan lo razonable y que consiste, según conocemos por paralelos etnográficos, en abandonarle o matarle. De modo que como los jefes no pueden mantener el ritmo de los trabajos colectivos y son incapaces de imponer el tributo, el sistema de producción común se abandona y cada facción volvería a ser autónoma.

Sin embargo en este esquema las unidades domésticas campesinas, que de acuerdo con nuestras hipótesis, ahora son las nuevas unidades de producción, no acaban de encajar. Es posible que la facción (clan, linaje) pudiera seguir siendo parte de la escala de articulación social pero ya no es la unidad de producción. Y por eso las nuevas aldeas del segundo milenio no serían de origen segmentario, sino que, aunque derivarían del proceso de segregación de la comunidad parental en unidades familiares, se reagruparían bajo nuevas condiciones sociales y económicas, en las que la propiedad no aparecería mediada por la comunidad, sino que la comunidad surgiría como relación recíproca de las unidades domésticas autónomas.

A finales del tercer milenio, en poblados como Peñalosa en Baños de la Encina, comienzan a detectarse tumbas familiares e individuales dentro de las casas en sustitución de las necrópolis y de las tumbas colectivas lo que puede ser una prueba de la ruptura del clan (o el linaje) como unidad de producción y reproducción. Estas “tumbas domésticas” señalan la importancia de la casa en la comunidad y frente a la comunidad. Las casas han cambiado, se han hecho más pequeñas y algunas se apiñan en la cumbre de cerros y montes, y sin embargo dentro de estos espacios reducidos introducen a los muertos. Las tumbas son más pequeñas, rectangulares y acogen o bien a la pareja, o a la familia nuclear (pareja e hijos infantes) o a individuos. El rito funerario ha cambiado y con él las creencias del que es expresión, pero lo más significativo, a mi juicio, es que denota el dominio social de la familia y la casa sobre la comunidad y la aldea.

Un ejemplo notable de este dominio de lo doméstico sobre lo comunal, lo vemos en la manera en que se construyen los poblados. En uno del tercer milenio un complejo doméstico estaba formado por un conjunto de cabañas con funciones diversas agrupadas posiblemente por clanes, que se adaptaba a la forma (circular, incluso concéntrico) y funciones del poblado ordenadas por las necesidades de toda la población: lo doméstico estaba subordinado a la aldea. En uno de la primera mitad del segundo milenio las casas crean el poblado. Las casas se adaptan a los desniveles con lógica orográfica, sin un orden geométrico. Las cabañas circulares más o menos dispersas, que nos cobijaron durante miles de años, dejaron paso a casas angulares de techo continuo que compartían medianeras. De hecho los muros de aterramiento y las murallas son en parte las paredes de las casas.

EPÍLOGO: ¿Y AHORA QUÉ?

En su prólogo a la publicación británica de la sesión sobre *Desigualdad social en la Prehistoria Reciente de la Península Ibérica* del Congreso Peninsular de Arqueología (Faro, 2004), Juan Vicent (2006:xii-xiii) reconocía que la mayor parte de los investigadores participantes compartían un enfoque materialista siendo minoritarias las alternativas histórico-culturales y procesualistas. Ese “paradigma materialista” contenía varios modelos teóricos de los que principalmente dos estaban enfrentados: el dominante al que llama “initial class society model” (ICSM) y el emergente “models of pre-class development”, señalando que la fortaleza de la concepción materialista de la Arqueología se demostraría en tanto sus modelos fueran consistente con los nuevos resultados de la investigación empírica, y para ello entiende que se requeriría abordar escalas de investigación geográficas y temporales más allá de los límites de los casos aislados.

Cierto que no es en la escala meso (modos de vida) ni micro (vida cotidiana) donde podemos ofrecer un modelo global de evolución social, ya conocemos que los campesinos han resistido bajo modos de producción tributarios, esclavistas, feudales, capitalistas y realsocialistas, y ¡que decir de la familia! Sin embargo cualquier propuesta debe ser consistente con los datos que se obtengan a esas escalas. Son, por tanto, un campo de pruebas donde hay que testar las hipótesis para afirmarlas o falsarlas. Quede como contribución a ese objetivo deseable la propuesta de articulación de escalas arqueológicas, como modelo materialista de ordenación de las evidencias arqueológicas y sus interpretaciones.

La cruda y áspera verdad es que la ingente cantidad de materiales y registros que nos ha dejado la demencia urbanística del cambio de milenio está sólo muy parcialmente estudiada. Corresponde a la academia ocuparse de que los resultados de la numerosísimas nuevas investigaciones sean adecuadamente estudiados, y a la administración promover el estudio de esta ingente masa de datos que abarrota archivos y museos, ahora que (cruzemos los dedos) la *economía del ladrillo* ha tascado el freno.

De ese modo el diagnóstico de Sahlins sobre la antropología que encabezaba esta contribución, aplicable a cualquier disciplina científica, se cumplirá y la verdad histórica y la ciencia arqueológica avanzarán sobre la montaña de datos que acumulamos y las ruinas de las equivocadas hipótesis con que intentamos explicarlos.

BIBLIOGRAFÍA

ASSMANN, JAN (1995): "Egipto a la luz de una teoría pluralista de la cultura". Historia del Pensamiento y la Cultura (HIPECU) N°5. Editorial Akal, Madrid.

BATE, LUIS FELIPE: (1977): Arqueología y materialismo histórico. Ediciones de cultura popular. México.

- (1982): "Relación general entre teoría y método en arqueología". En Teorías, métodos y técnicas en arqueología. Instituto Panamericano de Geografía e Historia. México: 3-51.

- (1992): "Del registro estático al pasado dinámico: entre un salto mortal y un milagro dialéctico". Boletín de Antropología Americana n° 26.

- (1993): "Teoría de la cultura y arqueología". Boletín de Antropología Americana n° 27.

- (1998): El proceso de investigación en arqueología. Crítica. Barcelona.

BERGER, PETER Y LUCKMANN, THOMAS (1994): *La construcción social de la realidad*. Amorrortu. Buenos Aires.

BUTZER, KARL (1989): *Arqueología. Una ecología del hombre: Método y teoría para un enfoque contextual*. Bellaterra. Barcelona.

CARANDINI, ANDREA (1984): Arqueología y cultura material. Ed. Mitre, Barcelona.

CLARKE, DAVID L. (Ed.) (1977): *Spatial archaeology*. Nueva York, Academic Press.

CLARKE, DAVID L. (1984). Arqueología analítica. Bellaterra. Barcelona.

CHANG, KWANG-CHIH (1976): Nuevas perspectivas en arqueología. Alianza Editorial. Madrid.

CHAPMAN, ROBERT (1991): La formación de las sociedades complejas. El sureste de la península ibérica en el marco del Mediterráneo occidental. Crítica. Barcelona.

CHERNIJ, E.N.; AVILOVA, L.I.; BARTSEVA, T.B.; ORLOVSKAYA, L.B. y TENEISHVILI, T.O. (1990): "El sistema de la provincia metalúrgica circumpónica". Trabajos de Prehistoria, 47: 63-101.

CHILDE, VERE GORDON (1995): *La evolución social*. Círculo de Lectores. Barcelona.

CHOUQUER, GERARD (1996): "Parcellaires et longue durée. Points de repère historiques et problèmes d'interprétation". En Gérard Chouquer (dir.): *Les formes du paysage. Tome 2 - Archéologie des parcellaires. Actes du colloque d'Orleans (1996)*. Éd. Errance. París.

DÍAZ-DEL-RÍO ESPAÑOL, P. (1995): "Campesinado y gestión pluriactiva del ecosistema: un marco teórico para el análisis del III y II milenios A.C. en la Meseta peninsular". Trabajos de Prehistoria 52 (2): 99-109.

-(2004): "Faccionalism And Collective Labor In Copper Age Iberia". *Trabajos De Prehistoria* 61, nº 2: 85-98

FRIED, MORTON (1967): *The Evolution of Political Society: An Essay in political anthropology*. Randon House. Nueva York.

GARCÍA FERNÁNDEZ-ALBALAT, B. (1990): *Guerra y religión en la Gallecia y Lusitania antiguas*. Edicios do Castro. Coruña.

GILMAN GUILLEN, ANTONIO (1997): "Cómo valorar los sistemas de propiedad a partir de los datos arqueológicos". *Trabajos de Prehistoria* 54 (2): 81-92.

GODELIER, MAURICE (1998): "Funciones, formas y figuras del poder político". *Saguntum* Nº Extra 1, (Ejemplar dedicado a: Actas del Congreso Internacional "Los Iberos, Príncipes de Occidente", Centro Cultural de la Fundación "la Caixa", Barcelona, 12, 13 y 14 de marzo de 1998): 13-24

HERNANDO, A. (2005): "Agricultoras y campesinas en las primeras sociedades productoras". En Isabel Morant (dir): *Historia de las mujeres en España y América Latina. Vol 1 De la Prehistoria a la Edad Media*. Cátedra. Madrid: 79-116

JAY, MARTIN (1989): *La imaginación dialéctica. Una historia de la Escuela de Frankfurt*. Taurus, Madrid. (1ª edición en inglés 1974, Little, Brown and Co., Boston y Toronto).

KRISTIENSEN, K. Y LARSSON, T.B. (2006): *La emergencia de la Edad del Bronce. Viajes, transmisiones y transformaciones*. Bellaterra. Barcelona.

KOHL, P.L. (1989): "The use and abuse of world systems theory. The case of the 'pristine' West Asian State. En C. Lamberg-Karlovsky (ed.): *Archaeological thought in America*. Cambridge University Press. Cambridge: 218-240.

KOSIK, KAREL (1967): *Dialéctica de lo concreto*. Editorial Gijalbo. Mexico. (Edición original en checo 1963).

LIZCANO, R. (1999)- *El Polideportivo de Martos (Jaén): Un yacimiento neolítico del IV milenio a.C. Nuevos datos para la reconstrucción del Proceso Histórico del Alto Guadalquivir*. Publicaciones de la obra social y cultural de CajaSur.

LORITE MENA, JOSÉ (1995): *Sociedades sin estado. El pensamiento de los otros*. Historia del Pensamiento y la Cultura (HIPECU) nº 1. Editorial Akal, Madrid.

LULL, VICENTE (1988): "Hacia una teoría de la representación en arqueología". *Revista de Occidente* 81: 62-76.

MEILLASSOUX, CLAUDE (1987): *Mujeres, graneros y capitales*. Siglo XXI editores. México.

NOCETE, F. (1988): *3000-1500 BC. La formación del Estado en las campiñas del Alto Guadalquivir: Análisis de un proceso*

de transición. Tesis doctorales de la Universidad de Granada. Granada.

- (1994): *La formación del Estado en las Campiñas del Alto Guadalquivir*. Universidad de Granada. Granada

- (2001): *Tercer milenio antes de nuestra era: relaciones y contradicciones centro/periferia en el Valle del Guadalquivir*. Barcelona. Bellaterra.

NOCETE, F.; SÁEZ, R.; NIETO, J.M.; CRUZ-AUÑÓN, R.; CABRERO, R.; ALEX, E.; BAYONA, M.R. (2005): "Circulation of silicified oolithic limestones blades in south Iberia (Spain and Portugal) during the third millenium B.C.: an expression of core/periphery framework". *Journal of Anthropological Archaeology*, 24: 62-81.

PORTERO, V. (Inédito)- El asentamiento calcolítico de la Venta del Llano. Mengíbar. Jaén. Memoria de Licenciatura, Universidad de Jaén. 2005.

RUIZ RODRIGUEZ, ARTURO; MOLINOS MOLINOS, MANUEL; NOCETE CALVO, FRANCISCO y CASTRO LÓPEZ, MARCELO (1986): "El concepto de producto en arqueología" en *Arqueología Espacial* 7: 63-81.

RUIZ RODRIGUEZ, ARTURO; MOLINOS MOLINOS, MANUEL (1993): *Los Iberos. Análisis arqueológico de un proceso histórico*. Crítica, Barcelona.

RUIZ RODRIGUEZ, ARTURO; MOLINOS MOLINOS, MANUEL y RISQUEZ CUENCA, CARMEN (1998): *Paisaje y territorio mundo*. *Arqueología Espacial* ?.

SAHLINS, MARSHALL (1983): *Economía de la Edad de Piedra*. Akal, Madrid.

-(2000): "Esperando a Foucault". *Fractal* n° 16, año 4, volumen V: 11-30

SERVICE, ELMAN R. (1962): *Primitive social organization: an evolutionary perspective*. Random House. Nueva York.

SHANIN, T. (1983): *La clase incómoda. Sociología política del campesinado en una sociedad en desarrollo (Rusia 1910-1925)*. Alianza Editorial. Madrid.

SERRANO J. L. y CANO, J. (2002): *Informe sobre intervención arqueológica en la urbanización del SUNP 1, campaña de 2002*. Archivo de la Delegación Provincial de Cultura en Jaén. Inédito.

SERRANO, J.L.; PORTERO, V. y CANO, J.: (ep): corte ingles

VARGAS ARENAS, IRAIDA (1984): "Definición de conceptos para una arqueología social". En Oscar Fonseca (Ed.) *Actas del Primer simposio de la Fundación de Arqueología del Caribe*. Vieques.

- (1990): *Arqueología, Ciencia y Sociedad. Ensayo sobre teoría arqueológica y la formación económico social tribal en Venezuela*. Editorial Abre Brecha. Caracas.

VICENT GARCÍA, JUAN MANUEL (1991): *Fundamentos teórico-metodológicos para un programa de investigación arqueogeográfica*. en Pilar López García (ed) *El cambio cultural del IV al II milenio en la comarca noroeste de Murcia*.

CSIC, Madrid: 29-119.

-(2006): "Prologue" to Diaz del Río y García Sanjuán (ed): *Social Inequality in Iberian Late Prehistory*. BAR International Series 1525. Oxford.

VEGA, G.; BERNABEU, J.; CHAPA, T. (2003): *La Prehistoria. Historia de España 3^{er} milenio, Tomo 1. Editorial Síntesis. Madrid.*

WITTGENSTEIN, LUDWIG (1985): *Tractatus Logico-Philosophicus*. Alianza Universidad, Madrid.

ZAFRA, N.; HORNOS, F. y CASTRO, M. (1999): "Una macro-aldea en el origen del modo de vida campesino. Marroquíes Bajos, Jaén c. 2500-2000 cal ANE. Trabajos de Prehistoria, 56, nº1: 77-102.

ZAFRA, N.; CASTRO, M. y HORNOS, F. (2003): "Sucesión y simultaneidad en un gran asentamiento: la cronología en la macroaldea de Marroquíes Bajos, Jaén. c 2500-2000 CAL ANE". Trabajos de Prehistoria, 60, nº 2: 79-90.

ZAFRA, N.; CASTRO, M. y HORNOS, F. (ep): Marroquíes Bajos (Jaén, España) C. 2800-2000 cal ANE: agregación, intensificación y campesinización en el Alto Guadalquivir. En GONÇALVES, V. S. y SOUSA, A. C. (eds.): *Transformação e mudança no Centro e Sul de Portugal no 3^o milénio a.n.e. Actas do Colóquio Internacional. Cascais* (6-9 de Octubre - 2005). Câmara Municipal, Coleção Cascais, Tempos Antigos, 2.

ZAFRA, NARCISO (2006): De los campamentos nómadas a las aldeas campesinas. La provincia de Jaén en la Prehistoria. Universidad de Jaén. Jaén

-(2010): "Evolución de la macro-aldea eneolítica de Marroquíes Bajos 2800-2000 ANE". En *Ciudad de la Justicia de Jaén. Excavaciones arqueológicas*, catálogo de la exposición homónima. Junta de Andalucía, Consejería de Justicia y Administración Pública. Almería.

(Endnotes)

¹ De "Concresceren", "Concretum" lo que crece junto. Así lo entiende Hegel, para el que lo concreto es el todo, frente a lo aislado, singular o momentáneo que es lo abstracto. Conviene no confundir concreto con particular y abstracto con universal, concreto para la lógica dialéctica significa "multilateral, adecuadamente vinculado, complejamente mediado" y abstracto significa "unilateral, inadecuadamente vinculado, relativamente no mediado" (G. Kline en Jay, 1989:145).

² Se actúa de un modo distinto a como se hace en los estudios procesualistas que parten de la descomposición de las evidencias arqueológicas adscribiéndolas a determinados subsistemas planos, lo que implica que en ellas la escala es confundida con la magnitud (cfr. Chapman, 1991:210 y ss; Butzer 1989: 14 y ss), considerándola como una propiedad del sistema y no como una herramienta metodológica.

³ Lull (1988) propuso una *teoría de la representación* en arqueología, refiriéndose a una teoría de la reconstrucción o de la interpretación, no es ese el sentido que tiene el término en este texto.

⁴ Por ejemplo Butzer (1989:224), que considera que la realidad esta sometida a escala, distingue en las "redes de asentamientos agropecuarios" "semi-microescala" (componentes intrayacimiento) y "mesoescala" (agregaciones intrayacimiento que conforman "asentamientos mixtos": aislados, dispersos, lineales, etc.).

⁵ Sigue la "escala de inferencia" de Hawkes: fácil reconstruir una tecnología, difícil una organización social y casi imposible una ideología (citado en Gilman, 1997: 82).

⁶ Ruiz, Molinos, Nocete y Castro (1986) proponen una teoría del producto; Carandini una del medio de trabajo (1984: 63 y ss).

⁷ Los procesos de producción y distribución son procesos de trabajo, el consumo no. No obstante los utensilios que requiere y por tanto sus rastros arqueológicos son los mismos que los del proceso de producción culinaria.

⁸ Se utiliza el término 'sitio arqueológico' con la intención clara de huir de la expresión 'yacimientos' que es la más extendida, y esto es así porque la etimología minera de este último tiene connotaciones que nos pone inmediatamente en guardia, porque se presenta en el mejor de los casos como un lugar que, previo estudio, puede ser tomado en consideración por su tamaño y contenido para una explotación académica, científica o política rentable. En el peor de los casos es una fuente de materia prima para el mercado ilegal de objetos arqueológicos.

⁹ La estructura de la propiedad es parte de la base productiva.

¹⁰ Malinowski observó esto en los primitivos actuales, pero podemos hacerlo extensivo a todas las sociedades, porque si bien los historiadores y arqueólogos del occidente contemporáneo damos cuenta de un pasado "científico" más o menos contrastado con hechos, la forma oficial que adopta ese pasado es mítica tanto en los libros de texto como en la retórica político-administrativa.

¹¹ Prefiero esta expresión a la de *geografía mítica* (García Fernández-Albalat, 1990:136) o *semiología del espacio* (Chouquer, 1996:218).

¹² Nota 1 de Chapman al capítulo 9 de Clarke, 1984:364.

¹³ Este autor ha desarrollado su sistema teórico en numerosas publicaciones (Bate, 1977; 1982; 1984; 1992; 1993), siendo la más ambiciosa su tesis doctoral (Bate, 1998), donde se embarca en una exposición global del proceso de investigación arqueológica.